Flor de invierno

Charles J. Doom

Capítulo 1

Flor de invierno

Charles J. Doom

Autor: Charles J. Doom

© Charles J. Doom

Para Jackcelis Coromoto López Pulido

Mi musa sin piel.

I

Cuando llegaste yo era aún muy joven para comprender la trascendencia de tu sutil aroma. No entendía que hacías tocando a mi puerta cuando yo nunca te llamé. Pero entraste sin autorización alguna, como esas mariposas que se posan en los tulipanes sin consentimiento de estos.

Tomaste mi alma, la robaste de su jaula de rosas y la llevaste al éxtasis en un viaje sin final, o al menos eso creía yo. Te hiciste una con mi corazón, lo fundiste entre tus suaves manos de terciopelo y lo diste de comer a las jubilosas mariposas, que devoraron ávidamente cada trozo de él.

Pero tan pronto como llegaste de igual manera te marchaste, sin dejar rastro, sin dejar vida.

Amada mía, ¿en dónde te encuentras?

II

La tinta fluye sobre el papel

Como la sangre en una espada

Tras el feroz combate de la carne contra el ángel.

Los versos brotan sobre el papel

Como la brisa que hace hablar a los árboles

Como el rugir de las almas que ruegan ser amadas.

El dolor de esta alma cesará cuando la tinta

Toque la flama de este amor delirante.

III

Palabra en la brisa mustia, navega sin rumbo por el sentir indiferente

Agitar alborotado de los corazones ardientes

Crean en el papel la alabanza a la musa

Que surca la malicia de los dioses indiferentes.

Cántico usurpador, ladrón de las musas

En su melodía se forjan las armas

Que dan vida a la ignorancia.

Corazón oculto, alma aprisionada

Atados a cadenas de oro creen ser libres

Bajo el cántico usurpador muere el amor.

IV

Cuando nos reencontramos en aquella pradera de lirios blancos y morados, en aquella noche lóbrega, nunca imaginé que estarías más hermosa que aquella vez que te distinguí tocando a mi puerta.

Estabas sentada allí, en medio de tanta belleza. Pero la tuya predominaba ante todo aquello. Mi corazón se regocijo al ver que habías cumplido tu

prometido, de aguardar mi llegada en los lirios.

Corrí a nuestro encuentro, pero tú no sonreías. Me senté y te abrace con vigor, las lágrimas recorrían mis mejillas, de tristeza, o, ¿alegría?

Tú no sonreías, las mariposas revoloteaban entre tu hermoso cabello pardo. Tu mirada estaba fijada en el pasto verde. Me entregaste una nueva jaula, ¡pero de lirios blancos! Y te volviste a marchar, con tu ejercicio de mariposas.

¡Oh! amor mío, ¿a dónde te diriges?

V

Como rosa póstuma rodeada de tulipanes, descollabas ante lo cotidianoTu afán por ser sublime, te llevo a hacer celestial.Los tulipanes te rodeaban con dádivas, pero tu aversión radicaba hacía lo material.Alzaste tus pétalos, para que la brisa te llevará lejosVolaste como ave, por todo el firmamentoY allí, cerca de Dios Te convertiste en ángel.

VI

Extraño las suaves caricias del viento en mi cara. Extraño la gracia de las hojas al caer sobre el pavimento.Extraño la dulce melodía de la brisa.Extraño las largas y apacibles horas en las que me adormecías en tus gratos brazos.

Amada mía, extraño poder jugar contigo en el parque y mirar las estrellas, para descubrir que me observabas, más allá de las estrellas.

¡Oh! Amada mía. Extraño el júbilo que causas en mí.

VII

Los monstruos persiguieron la carne de la diosa Venus

Ávidos de carne incendiaron las aldeas

El aroma vago por los vientos como el más sublime incienso.

Las ninfas danzaban alrededor de las bestias para exaltar su crueldad

contra la vida.

Júpiter los divisó y los castigó por su insolencia.

VIII

Los pétalos de los lirios navegaban por el viento

Tejiendo el vestido de la agonía

Que vistió todo tu cuerpo.

Los cadáveres inundaron las calles

Como las hojas de los árboles

Para dejar tras de sí

La sombra del amor.

Los lirios marchitaron

Y la tierra se hizo carne.

IX

Varado en la inmensidad de la llanura.Nadie vino a mi auxilio.Perdí el rastro de tus bellas mariposas.El firmamento se tiñó de negro.

Distinguí dos grandes planetas. Verde como las hojas de un árbol era uno, rojo como las llamas del infierno era el otro. Inconscientemente los asocie a ti, como cada vez que veía las estrellas en el enorme cielo negro. La melancolía y el dolor se volvieron a apoderar de mí.

Una estrella bajó, tan alba como nieve fresca. Se posó en mis manos y canto a mí su amor a aquellos planetas. Después narró su encuentro con una dama, de ojos marrones, casi negros, piel tostada y melena negra. Sabía que eres tú. Implore a aquella estrellita que me mostrará el camino por donde te habías ido, con una de sus puntas señaló al vasto mar. Agradecí aquel acto con una amplia sonrisa, la estrellita se marchó retomando su majestuoso canto. Tomé un batel de colores pastel y marché hacia el mar.

Amada mía, no vayas tan deprisa.

X

El firmamento se cubrirá de melancolía

Usará su más fino vestido de llantos desconocidos

Dejará al árbol fecundo de desdichas

La brisa se volverá ardiente y secara los dulces ríos.

El llanto del hombre será la melodía

Que adormezca la alegría.

El mundo se cubrirá de tinieblas eternamente

Pero tus ojos serán las farolas de la vida.

XI

Heme aquí, persiguiendo un amor inalcanzable.Cómo esos lobos que cantan a la luna, con la ilusión de que está venga a darles un cálido ósculo.

Todo este vasto mar me es semejante, monótono, desdichado. Jamás había visto algo parecido. El firmamento y piélago se aúnan, allá, en dónde mi vista no alcanza a ver. Cómo dos enamorados que se toman las manos hasta que un hombre vestido de negro va por uno de ellos.

Un pez se acercó a mí batel el otro día, al igual que la estrella narró su encuentro con una dama de ojos negros, piel tostada y cabellos negros. Dijo que iba acompañada de un sujeto. Caminaban como deidades sobre el piélago y danzaban algo indescriptible. Sus semblantes se juntaron y no buscaban la disgregación. Sus ojos eran ávidos de un pueril deseo. Dijo que la mirada de aquella hermosa mujer era solapada, que en ella había algo más que un pueril baile, su mirada era semejante a esa tierna mirada que un niño da a las estrellas por primera vez. Sus cuerpos se movían de voluptuosidad, cómo dos fieras apunto del éxtasis.

El pez dijo que si esa fuese su amada, él plañiría hasta que aquellas deidades buscarán sus hermosas alas y volarán de allí. Mi corazón se detuvo, mi piel primero fue azul, después blanca. No sentía las piernas y

quería arrancarme las orejas, aquello era el mayor martirio a mi amor por tu bella compañía. Imploré al pececillo, y a todas las deidades que aquello fuese un simple desvió de la imaginación de aquel animalito.

Cuatro movimientos, cuatro pasos, cuatro disparos directo a mi frágil corazón.

El pez me señaló la dirección en la que se marcharon aquellas deidades y se marchó a llorar por la desdicha de un desconocido.

XII

La muerte tocará a la puerta de nuestro amor

Para recordarnos que solo somos efímeros amantes

Para recordarnos así, que las rosas perderán su color

Y nuestro amor se desvanecerá bajo la fría noche de invierno.

Porque los ángeles cantarán sobre nuestro amor

En las fervientes flamas del averno.

XIII

Cuando los tulipanes mueran

Dejarán tras de sí los surcos en el regocijo

Se erguirá la póstuma flor en el valle estéril

Para ocultar tus alegrías

Y nuestros cuerpos volverán a ser polvo.

XIV

Intente ser poeta para cultivar mi gran amor en tu cálido corazón

Intente ser pintor, para hacer de ti lo más hermosos paisajes

Para que fueses mi lienzo, y yo las pinturas que tocaran cada rincón de tu cuerpo

Para demostrarte, así, que no existe la muerte

Que la vida, va más allá de esperar el sepulcro

Para que fueses mi única musa, y yo tu único poeta.

Sueño de un desvariado poeta, de un desvariado amante

De amar sin compresión, de amar sin ataduras, de amar sin rostros a nuestras espaldas

Musa de ensueños, ángel de Dios, déjame amarte, te lo ruego.

XV

Bellas palmeras de grandes hojas amarillas me acogieron en mi llegada

Sus hojas escondían un sutil secreto, difícil de atisbar

Sus hojas servían como un manto glaciar a los blancos tulipanes

Las palmeras esperaban anheladas la arribada de unas bestias pisotonas

"Danzan como el diablo, danzan como el diablo" Iteraban al compás de la melodiosa brisa.

El día era gélido para ser una tarde de primavera, las gaviotas sobrevolaban el mar como un colibrí a una zinnia hermosa. Todo era monótono, cómo todo en estos días.

Las horas transcurrían lentamente, minutos convertidos en horas, horas en decenios. Esperaba anheloso como las palmeras.

Hasta que al fin llegó la espera hora. De tierras ignotas vinieron aquellas bestias, danzando, y detrás de sus pasos quedaban las huellas rojas. Danzaron y danzaron por dos días enteros, desde el alba hasta que la luna se posase en el firmamento.

Y allí te vi tan celestial... ¿O infernal? Tu mirar era ávido, tal como dijo el pececillo, estabas en los brazos de otro, por un momento no me fue extraño. Alcé mi voz, nadie pareció percatarse, seguían en sus faenas, las

palmeras moviéndose con el rumor de la brisa y los hijos del diablo seguían danzando. Pero tú, tú, amada mía reconociste mi voz ante aquel bullicio, corriste a mis brazos dejando en el suelo a tu otro pretendiente. Tu sonrisa era júbilo, cómo la que da un niño cuando encuentra una golosina, nos enlazamos, y nos marchamos.

Amada mía, ¿acaso te enamoraste?

XVI

Cuando desvío mi mirada del lienzo

Todo me es negro

El mundo perdió su viveza

Como una moneda en un gran agujero.

Los ángeles me quitaron mis pinturas

Y las arrojaron a las llamas de la más pueril ignorancia.

Todo me es oscuro

Sin color

Desde que el cielo hurto la belleza

A mi musa.

XVII

Como gota de rocío

Sobre las flores amarillas del araguaney

Tu amor se ocultaba bajo la flamante mirada de tus luceros negros

Tu cauteloso mirar cautivo a las bestias, pero no a tu poeta.

La progenitora del poeta sacó sus trinches

Y los regalo a las bestias

Que persiguieron el amor de la musa y el poeta

Tedio del hijo a la madre

Encendió las praderas del dolor

Y allí, floreció el amor de la musa y el poeta.

XVIII

La luna iluminó

El sendero de nuestra desdicha

Las bestias nos perseguían ávidas del deseo

Deje que tus ojos incendiaran los matorrales

Dolor

Huesos de viejo en carne joven

El corazón latía como una fiesta de tambores

Y allí supe que te amaba.

XIX

Nuestros corazones serán el abrigo

De nuestras más sutiles caricias

Abrigo para este amor blasfemo

Martirio para los ojos de Dios

Cubrirnos de las lanzas del desprecio

Que nos arrojan los mortales

Nuestro amor florecerá

Como la más bella Orquídea

Bajo la mirada de la incertidumbre.

XX

Tu cuerpo fue el papel de mi tinta de dulzura

Mis manos el rocío de tus rosas

Mis besos el sellador de tus deshonras.

Amor de ensueños,

Tu perfume era el soneto del poeta

Avanzaban por tu piel las espinas de las desdicha

Punzando a las bestias de la voluptuosidad.

Las espinas se desprendían de tu piel con la suave caricia de mis besos

Y allí, te hiciste mía.

XXI

No quisiste cubrirte en invierno

Porque aún tenías la calidez del estío pasado

Porque no querías el amor que te ofrecía el invierno

Porque aun en tu boca sentías la primavera.

En tu huerto solo florecía la rosa triste

Por la ausencia del amor verdadero.

En tus manos abundaban las flores de los amantes

Pero tú solo querías el amor que te ofrecía la primavera

Fuiste a una iglesia y rezaste

Porque cuando el corazón no ama, se vuelve el más duro de los cristales.

XXII

Bella dama de líneas descoloridasNo te extravíes en la cruel desdichaDanza con la muerte, para que no padezcas su agonía.Toma tu sombrero y ve hacia las montañasTraza la tierra gris con los colores de tu regocijo, que la tierra sea tu lienzo y tus pies sean los más finos pinceles.Dánzale a Dios y alcanza el paraísoPara así, poder contemplarte desde el averno.El céfiro traerá el murmullo de tus pasosY así podré descansar tranquilo el resto de la eternidadSabiendo la cruel verdad; El averno y el paraíso son el mismo lugar.

XXIII

Desearía ser paisajista a fin de pintar tus hermosos hoyuelos en las praderas de Cubiro. Tu donaire en la superficie del copioso piélago. Y tus manías en el abismo de la cordura. Desearía ser astrónomo a fin de pesquisar las estrellas y colocarles tu bello nombre. Contemplar tus sacros y venustos luceros, y distinguir en ellos las nebulosas de otros tiempos.

Desearía ser yo para degustar tus labios mil y tres noches. Desearía ser usted a fin de amarme mil y cuatro noches.

XXIV

El gozo se arropó de desilusiónLa lluvia no llenaba los cántaros

Tu cuerpo estaba aquí, pero tu alma vagaba en otro paraje

Tu melodiosa voz penetraba en mi corazón, pero no en mi alma

Extrañe la privación de tu mayestático corazón

Tan contiguos cómo dos recientes amapolas, tan distantes cómo dos continentes Los ósculos eran cálidos, pero vacíos

Tomé a un ruiseñor para que encendiera la llama en tu alma, pero tu alma había dejado tu cuerpo hace mucho

Me arrodillé ante ti, y suplique a los dioses. Amada mía, ¿qué le está pasando a tu cuerpo?

XXV

Mil versos florecieron en tu pecho

Sin métrica, sin medida

El subir y bajar del alma hizo florecer tus montañas

Como si Dios las hubiese esculpidos en el paraíso.

Como un enfermo que se entrega a la muerte viniste a mí

Para darme tu alma, para protegerla de los viles

Tus ósculos eran majestuosos, como si besaras a una nube, en lugar de una mortal

Dos mil versos florecieron en tu lengua, como el más sublime cantar

Cuerdas rotas, de tanto cantar

La enfermedad se adueñaba de ti, como enredaderas a tu cuerpo

Suspiraste y dijiste *Te amo.*

XXVI

Tu corazón palidecía a cada latir

Las llamaradas de tus ojos se perdían en la negrura del firmamento

En tu piel se atisbaba la dolencia del olvido

Dijiste, que te daba miedo entregarte a la muerte

Acaricié tus suaves mejillas; No había nada que hacer por ti

Forcé tus brazos para ceñirlos con la muerte

Cerré tus párpados para que no brotasen nuevas lágrimas de tus bellos luceros

Y volaste como un turpial que ve la luz por primera vez.

De tu corazón brotaron raíces que se extendieron por todo tu cuerpo, como un río en tierra nueva

Perforaron tu piel

Y de ellas germinaron tulipanes del color de tu sangre.

Las bestias se acercaban desde el horizonte y supe que Dios ya no era mi amigo.

XXVII

Flor nacida en póstuma belleza

Tu cuerpo era huerto de rosas

Las raíces perforaron la tierra

Y te hiciste Diosa.

Mil bestias rodeaban tu féretro

Sonrisas lánguidas ocultaban de sus ojos su pueril protervia

Bestias que no creían en nuestro bello amor de invierno

Sonrisas lánguidas que enfurecían el corazón del poeta.

De tus labios brotaban pétalos de sangre, como letras a una carilla

Tomé tus manos entre las mías, las bese como si fuesen tus labios

Y deje que el río del olvido te arrastrará al mar del suplicio.

XXVIII

Vague por los llanos en el alba de la locura, montado en la cordura, en búsqueda de aquel sentir en el corazón Pesquise las hojas de los árboles y encontré tu frágil piel.

Vague por los litorales, buscando el amor Y solo encontré la arena vacía.

Vague por los Andes buscando regocijo, sobre las montañas de la melancolía

Miré al firmamento, las estrellas y los dioses en los planetas

Solo para encontrar tus vastos luceros negros Y allá, más allá de las estrellas.

Danzando en el vacío, forjando planetas

Te encontré

Mi diosa.

XXIX

El mar nos arropó

Para que muriésemos en la fría melancolía

Amor de ensueños

Creadora de sueños

Tú fuiste la vida que movió a las esculturas

Fuiste la muerte que depredó la alegría

Dejaré esta tierra tranquila con los versos

Que alguna vez fueron para mi amor

Moriré sereno sabiendo que volveremos hacer polvo

Porque del polvo somos y al polvo volveremos.

XXX

Dura es la vida sin ti a mi lado, amada mía

Las enredaderas del recuerdo

Tomaron mis manos

Y avanzaron por mi alma

Mi corazón dejó de palpitar

Y me eleve como hoja muerta en la brisa.

Navegué montado en el corcel

De tus extravíos

Hasta que te alcancé en el vacío

Tus ojos parecían árboles en llamas

Nuestras manos al tocarse destruyeron tres mil planetas.

Flotamos sobre galaxias enteras, sobre Dioses y planetas

Nuestras manos tocaron las estrellas

Y allí supe

Que la muerte es el ajimez al amor de la vida.